

Desy  
Icardi

**LA CHICA DE LA MÁQUINA  
DE ESCRIBIR**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La ragazza con la macchina da scrivere*  
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary  
Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo  
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione  
italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la  
traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de  
la Cooperación italiano

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta  
obra está protegido por la Ley, que establece penas  
de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes  
reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran  
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación  
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o  
comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva  
autorización.



© 2020 Fazi Editore srl  
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2021  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-488-4  
Depósito legal: M. 21.611-2021  
Printed in Spain

# Capítulo 1

---

Es una verdad universalmente reconocida que una mujer en posesión de una larga historia necesita una memoria adecuada.

Sin memoria, todo pierde su valor y su utilidad, como por ejemplo el insignificante objeto que sostienes entre los dedos: frío al tacto, liso, de forma circular y sin valor alguno.

Lo encontraste en el bolsillo de tu abrigo, envuelto en un pañuelo con tus iniciales de señorita coronadas por una guirnalda de flores en punto de cruz: D. B., Dalia Buonaventura.

Te preguntas desconcertada por qué has guardado con tanto cuidado lo que tiene todo el aspecto de ser una vieja anilla de cortina; lo piensas durante unos instantes y luego decides guardar la anilla en el bolsillo de la bata y poner el pañuelo, diligentemente doblado, en el cajón que tu criada ha reservado para tal fin. Germana es una santa mujer, pero tiene la desagradable costumbre de murmurar cada vez que se te olvida cerrar la puerta de un armario, o el botiquín. A lo largo de los últimos treinta años has hecho esfuerzos indecibles para contrarrestar tu índole caótica y respetar la obsesión de tu criada por el orden, pero ahora, después de tu *pequeño incidente*, son muchas las cosas que olvidas, y olvidar un cajón abierto no sería en modo alguno la más grave.

Dos meses: ese es el tiempo que tu *pequeño incidente* ha borrado de tu memoria, dos meses de los que no guardas ningún recuerdo.

Decides dejar de atormentarte con pensamientos negativos; al fin y al cabo, hace poco más de una semana que recibiste el alta del hos-

pital, y sí, tienes algunas lagunas de memoria, lo admites, pero estás convencida de que será suficiente con volver a la vida cotidiana para llenar esas lagunas. Decides ir a tu estudio y, al salir del dormitorio, vislumbras tu imagen reflejada en la superficie resplandeciente de Vetril del espejo sobre el tocador: tienes setenta años, casi setenta y uno, y aún no pareces una viejecita a la que se le va la cabeza. A pesar de la opinión de los médicos, sabes que sigues teniendo una buena cabeza, empezando por el peinado, el mismo que llevas desde hace más de cincuenta años, para ser exactos desde 1936, cuando te cortaste las trenzas y empezaste a trabajar. Por aquel entonces tenías trece años y un diploma de mecanografía; evidentemente no podías ir a ver a tus futuros jefes con el aspecto de una colegiala haciendo pellas, así que tu amiga Ester te cortó el largo pelo castaño claro a la altura de los hombros y te lo onduló con las pinzas de cocodrilo.

Ahora sonríes, el término *pinza de cocodrilo* siempre te ha hecho gracia, y el espejo te devuelve la imagen de una hilera de dientes perfectos —que siguen siendo todos tuyos, y quien diga lo contrario ¡miente!— enmarcados por un deslumbrante carmín magenta. Incluso tu maquillaje es el mismo desde hace muchos años: lápiz negro alrededor de los ojos, polvos blancos nacarados y labios rojos como cerezas, a veces como guindas, porque te permites alguna variación en el tema del lápiz de labios, pero sin exagerar, porque, cuando algo es perfecto —y tu maquillaje lo es, indudablemente—, intentar mejorarlo es una pérdida de tiempo.

Nunca has sido una mujer de gran belleza, algo de lo que a menudo te has quejado, pero has sabido sacar lo mejor de tus rasgos ordinarios y de tu pequeño cuerpo de pajarillo: el pelo, que cae en una suave onda que casi cubre tu ojo derecho, confiere a tu rostro un no sé qué ligeramente travieso, sigues siendo intrigante ahora que tus perfectas ondas se han vuelto blancas como las nubes y tus ojos están marcados no solo por el lápiz negro, sino también por profundas arrugas. Y a los hombres les sigues gustando, ¡incluso a los más jóvenes que tú! Unos seis meses antes de tu *pequeño inci-*

*dente*, el propietario de la perfumería a la que solías ir desde hacía tiempo te invitó a cenar y tú, presa de un raro relámpago de locura, aceptaste a pesar de que era un mocoso que no llegaría a los sesenta años. ¡Fue una velada horrible! Las gambas las sirvieron cubiertas con una salsa viscosa de color rosa apagado y acompañadas de un lecho de rúcula amarga. Hubo un tiempo en que te gustaba mucho la rúcula, para ti tenía el sabor de la primavera que se convierte en verano, pero luego, hace unos diez años, debió de ser más o menos a mediados de los ochenta, todos los cocineros italianos parecían haber decidido unánimemente incluirla en cualquier receta: rúcula en los entrantes, en los primeros platos, como guarnición de los segundos.

Como si la rúcula no hubiera sido suficiente para amargar cada bocado de aquella ridícula cita galante, tu caballero no hizo otra cosa que hablar de su difunta esposa; un *de profundis* con sabor a rúcula. No obstante, la consecuencia más molesta de aquella cena fue que tuviste que buscarte otra perfumería donde comprar: ya no podías mirar a aquel hombre a la cara sin estallar en carcajadas, y la cosmética siempre ha sido para ti un asunto de la máxima seriedad.

Sales de la habitación, el espejo aún está a tiempo de registrar una sonrisita de decepción: recuerdas tu iniciación a las pinzas de cocodrilo, e incluso la execrable monomanía de la rúcula que hace furor en la cocina italiana desde los años ochenta, pero no tienes ni idea de adónde te dirigías el día de tu *pequeño incidente*.

Debías de tener un compromiso importante, de eso estás segura; de lo contrario, no te habrías puesto tu vestido de satén azul y mucho menos el collar con el colgante de zafiros. A saber si te habías puesto un lápiz de labios burdeos o magenta. Eso habría sido un detalle interesante para llegar al fondo del misterio, pero en el hospital, cuando te despertaste, nadie supo decírtelo, como si estuvieras ingresada en una sala para daltónicos.

Ahora metes la mano en el bolsillo de la bata y las yemas de los dedos se encuentran con el frío metal de la anilla para cortinas. Ese es otro bonito misterio: ¿por qué has guardado ese arito de hierro ennegrecido

dentro de un pañuelo bordado? Y, sobre todo, ¿por qué lo llevabas contigo, en el bolsillo? ¿Tal vez el día de tu *pequeño incidente* ibas a la mercería para abastecerte de anillas para cortinas? Niegas con la cabeza, perpleja, nunca se te han dado bien las tareas domésticas; en realidad, cuando eras joven, no te hubiera importado adquirir práctica en ellas, pero siempre te ha faltado tiempo; por eso, en cuanto tuviste los medios necesarios, contrataste a una criada para que se ocupara de la limpieza, la comida y, en caso necesario, de las anillas para cortinas.

Recorres el pasillo con paso un poco inseguro, enfilas la puerta de tu estudio y te sientas en el escritorio donde descansa tu vieja Olivetti MP1: esa señorita es un poco más joven que tú, pero su lacado rojo resplandece como el primer día en que pusiste tus manos en su teclado. En el carro hay una hoja de papel en blanco, la sacas con delicadeza, preguntándote por qué está ahí. No te acuerdas de haber tecleado recientemente, pero sí recuerdas que siempre has tenido la sana costumbre de no dejar las hojas puestas. Tal vez el día de tu *pequeño incidente* estabas a punto de escribir algo, pero entonces tuviste que salir de improviso y...

¡Qué estupidez! El vestido que llevabas no era de los que se pondría una al vuelo para una salida improvisada, sino más bien para un acto largo tiempo planificado. Con la palma de la mano intentas extender el papel, que debido al largo tiempo que ha estado en el carro está horriblemente curvado: ¡por eso, desde el principio de tu carrera de mecanógrafa, has aprendido a no olvidar los papeles en el carro de la máquina de escribir!

—Fin —murmuras.

En el centro de la página que creías que estaba en blanco, encuentras escrita la palabra «FIN» en letras mayúsculas.

Cierras los ojos e intentas llevar a la superficie recuerdos de tu nublada memoria: la palabra «FIN» no se pone al final de una carta o de un documento de cualquier tipo. La palabra «FIN», escrita en mayúsculas, indica un texto de narrativa y hace décadas que no pasas a máquina ninguno.

Empiezas a abrir uno a uno todos los cajones del escritorio, buscando el texto mecanografiado del que la palabra «FIN» podría ser la conclusión.

Hace tiempo que abandonaste el trabajo de mecanógrafa, algunas veces has tecleado algunas cartas, pero solo para no perder la costumbre o para hacerle un favor a algún conocido.

—La máquina de escribir es como un piano —te repetía la señorita Pellissero, la profesora de mecanografía con la que estudiaste—. Si dejas de usarla, los dedos perderán su agilidad.

La señorita Pellissero, en la época de vuestras clases, debía de tener unos sesenta años, quizá unos cuantos más o quizá muchos menos, pero a ti, que solo tenías trece, te parecía una especie de esfinge antigua. Llevaba un sombrero en forma de cuenco sobre su pelo gris, tenía unos dedos largos y esqueléticos que hacían piruetas sobre las teclas a una velocidad inalcanzable, y manifestaba una devoción por su oficio difícil de encontrar incluso entre médicos o sacerdotes.

Te entrenó para la máquina de escribir con la misma disciplina inflexible que un cabo reservaría para un recluta.

—¡No mires el teclado, Dalia! —te ordenaba—. Las auténticas mecanógrafas no necesitan buscar las teclas con los ojos, los dedos tienen una memoria portentosa, lo importante es permitirles desarrollarla.

Intentabas obedecer, pero las brillantes y redondas teclas de la Olivetti MP1 eran una tentación demasiado fuerte para tu curiosa mirada de niña.

La señorita Pellissero se decidió así a vendarte los ojos, obligándote durante semanas a golpear las teclas en una completa ceguera. Sin embargo, los métodos de la severísima profesora dieron sus frutos: a lo largo de tu carrera, has mecanografiado en las condiciones más dispares, incluso en plena guerra durante las noches de apagón,

cuando era necesario permanecer en casa a oscuras para que los bombarderos ingleses no se sintieran atraídos por las ventanas iluminadas, como las polillas por la llama de una vela. Después de tu boda, cuando te trasladaste a Turín, a veces escribías incluso bajo los bombardeos. Cuando de noche sonaba la sirena antiaérea, no te apetecía salir corriendo escaleras abajo con tu chal sobre el camisón para luego apretujarte en un sótano con docenas de personas aterrizadas, que tenían tantas posibilidades de sobrevivir como de acabar igual que las ratas, atrapadas entre los escombros o asfixiadas por el humo de los incendios que se producían con cada derrumbe. Cuando la sirena antiaérea te despertaba de tu sueño siempre ligero y agitado, preferías sentarte delante de la máquina de escribir y, envuelta en la oscuridad, dejar que tus dedos volaran sobre el teclado. Al estar a oscuras, no podías transcribir textos ni completar el trabajo de mecanografía que estabas haciendo; te limitabas a hacer los ejercicios que te había enseñado la señorita Pellissero o a teclear palabras y frases al azar, dejando los dedos libres para que corrieran tras tu imaginación. No era lo que escribías, sino más bien el contacto de las yemas de tus dedos sobre las frías teclas de la Olivetti MP1 lo que te relajaba y te hacía atravesar, con relativa calma, esos momentos oscuros no solo por la ausencia de luz.

Mientras tus recuerdos exploran esos años lejanos y terribles, tus manos hurgan en el contenido de cada cajón del escritorio, buscando todavía el misterioso trabajo de mecanografía.

Vuelves a colocar el papel con la palabra «FIN» en el último cajón de abajo, dedicado a las pruebas y los borradores, y abandonas tu investigación.

Ahora estás acariciando tu vieja máquina de escribir; un ligero hormigueo recorre tus manos, haciendo que se estremezcan las yemas de tus dedos. Embargada por un capricho repentino, cierras los postigos de la ventana, colocas una hoja de papel en el carro de la Oli-

vetti roja y, sumergida en la oscuridad, dejas que el cosquilleo en los dedos desaparezca con el fresco contacto con las teclas. Tus dedos bailan sobre el teclado siguiendo una coreografía que escapa a tu comprensión, pero que decides secundar, y, sin resistencia, empiezas a escribir una nueva historia.